

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

BARTOLO

ó la influencia del teatro en la vida social

La acción en una fuente pública de Madrid.

Personajes: Bartolo, aguador.—Toribia, su mujer.—Jacoba, hija de los anteriores.—Un rata y varios transeuntes.

Bartolo aparece en escena con la cuba al hombro, da unos pasos y se detiene mirando al suelo. Después de un largo rato de silencio dice:

—¿Qué es aquéllo que reluce? Parece un espejo. *(Da un paso)* No, pues es una hoja de lata. *(Avanza otro paso)*. ¡Demonio! ¡Si es un duro! *(Pausa. Bartolo se rasca la cabeza y sonríe)*. ¡Un duro...! ¡Cinco pesetas...! ¡Setenta cubas de agua...! ¡Qué fortunál *(Se pone en cuchillas)*. Llega en buen tiempo: así como así la chica no tiene zapatos. *(Va á coger el duro y se queda con la mano en alto)*. Pero, Bartolo, ¿qué vas á hacer? ¿Acaso este duro es tuyo? ¿Lo has ganado tú? Manos quietas y pensemos. *(Sigue en cuchillas)*. Lo que se pierde ¿de quién es, del que lo encuentra ó del que lo ha perdido? Vamos á cuentas, Bartolo: si se te perdiera la cuba, ¿dejaría de ser tuya por eso? ¿Te gustaría que otro se la apropiara? ¿No la reclamarías en cuanto la vieses? Y ¿por qué? Porque la cuba es tuya siempre, antes y después de haberla perdido. *(Sigue en cuchillas)*. Luego este duro no es mío y no debo cogerlo. Quien toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño, comete un robo; y yo soy un hombre honrado que deja las cosas como y donde las encuentra.

Aparecen Toribia y Jacoba con la comida en una cesta.

—Padre, ¿qué hace usted por el suelo?

—Medito.

—¡Calle! ¡Si tiene un duro entre los piés!

—Jacoba, no lo toques.

—¿Has cobrado?

—No.

—Entonces ¿de quién es esa moneda?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—Estaba aquí cuando he pasado.

—Pues cógela.

—No la toques, Toribia.

—¿Por qué?

—Porque no es tuya.

—¿Sabes tú de quién es?

—Ya te dije que no.

—Pues entonces es nuestra.

—Valiente razón. Oye, Toribia, ¿tú sabes de quién es hija aquella mozoela que pasa.

—No.

—Pues, siguiendo tú discurso, será también hija nuestra, porque ignoramos quiénes sean sus padres,

—Bartolo, tú has bebido ¿de cuándo acá lo que no tiene dueño conocido no es del primero que lo halla?

—Desde que nació el hijo de mi madre.

—Venga el duro.

—Cómo lo cojas te estrello la cuba en la cabeza.

—Mira, basta de bromas y vamos á comer.

Toribia se baja á coger el duro. Bartolo se levanta á su vez y empuñando la cuba, dice amenazándola:

—Como lo cojas, te mato.

—El duro es nuestro.

Toribia coge el duro. Bartolo le rompe la cabeza. Jacoba berrea que se las pela, y los transeuntes forman corro.

—Soy muerta.

—¡Madrecita de mi alma!

—¡Jacoba, ven; yo muero. To.....ma.....el du.....

Al tender el brazo, Toribia espira. Un rata se interpone entre la madre y la chica, coge el duro y se larga. Al mismo tiempo que ocurre todo esto, Bartolo exclama:

—Estoy satisfecho: he cumplido con mi deber.

Varios espectadores le increpan, y Bartolo, tranquilo y sereno, dice paseando la mirada por el corro:

—Esto mismo lo he visto yo aplaudir en el teatro.

VICENTE COLORADO

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

El Sr. D Francisco Martínez de la Rosa, liberal avanzado y presidente que fué del Consejo de Ministros allá por los tiempos de Isabel 2.ª dejó demostrado en un bello y elegante discurso que al recorrer el círculo de las sociedades humanas, desde su infancia misma hasta su mayor desarrollo y adelantamiento, se ve siempre á la religión derramando por todas partes su benéfico influjo. Modera, dice, los horrores de la barbarie, y allana la senda á la civilización y cultura, prescribe á los gobiernos la templanza, y á los súbditos la fidelidad

y obediencia; suple por la ineficacia de las leyes y presta á la moral el apoyo de la sanción divina, declara iguales á todos los hombres, hermana á las diversas clases que dividió el nacimiento ó la fortuna emplea la persuasión y los medios morales condenando la opresión y violencia, se dirige á la parte mas noble del hombre, le purifica, le engrandece, le acerca cuanto cabe al mismo Dios que le ha criado.

Tendríamos un placer en presentarlo todo á la letra; pero no siéndonos posible por su demasiada extensión, no podemos prescindir de transcribir el trozo que sigue sobre el sentimiento religioso, y que es muy de actualidad:

«Pues si lo que no alcanzan la *instrucción* y la *filosofía*, se quisiese encomendar acaso á las *instituciones políticas*, se incurriría en otro error de muy funestas consecuencias. Tal vez es posible concebir una nación en la cual se haya debilitado el *sentimiento religioso*, y que sometida al rudo régimen del gobierno absoluto, como los soldados á una severa disciplina, presente por algún tiempo cierto aspecto de regularidad y de orden; pero es tan imposible labrar una ciudad en el aire, como fundar un gobierno libre en una nación desmoralizada y decreída.

Bajo un gobierno despótico, obra poderosamente el temor, obra la amenaza, obra el influjo de los antiguos hábitos; caminan los hombres encajonados entre angostos lindes y barreras: más al punto en que se dé ensanche y holgura al pueblo, concediendo á cada individuo la mayor suma de libertad posible, ¿qué prenda, ni fianza queda á la sociedad si se rompen de un golpe los vínculos morales?

Las leyes... pero las leyes son á veces ineficaces otras impotentes; y con su *flaqueza* ó con su rigor mismo suelen convidar á la impunidad, desde el punto y hora en que sea posible burlarlas, falsea ya su escudo, y ni defiende ni preserva. Mas aun cuando se suponga que sean eficaces y poderosas, no alcanzan á todas las acciones de la vida ni aun á una pequeña parte; y cabalmente dejan en desamparo lo que mas íntimamente toca á la dicha del hombre!...

Suponed una sociedad, dotada de las mejores leyes y escrupulosamente ejecutadas: si no existe en ella un *principio de moralidad* sostenido y alimentado por el *sentimiento religioso*, esa sociedad; lejos de inspirar confianza, debe infundir espanto. Muy de temer es que la moral de semejante pueblo se convierta en un *cálculo de probabilidades*: llevando cada persona el *código penal* en el bolsillo, para consultarlo y regir su conducta: como se cuenta de aquel patricio que llevaba por las calles de Roma un siervo cargado de oro, para pagar la multa que la ley imponía al que abofetease á un ciudadano.

Los que tienen en mas estima las *instituciones populares*, para cimentar en ellas la felicidad del Estado, son los que deberían cifrar mayor empeño en que no se

desacreditaran infaliblemente, si no estriban en un fondo de moralidad, sostenido en el *sentimiento religioso*. Porque conviene advertir (siendo por cierto extraño que no se vea siquiera lo que está saltando á los ojos) que la estructura de semejante régimen descansa en aquel fundamento.... Desde el último elector de aldea, que deposita su cédula cerrada en el seno de la humilde urna, empieza la sociedad á encomendar su suerte á la buena ó mala voluntad de los ciudadanos, dejándolos á solas con Dios y su conciencia.

Proseguid subiendo la escala; y á cada paso crece la gravedad y se aumentan los riesgos; hasta que llegais á los escaños de los legisladores á quienes declarais exentos de toda responsabilidad, y aun los proclamais *inviolables*.

Les queda el freno de la *publicidad*... pero alguna vez puede hacerse el daño en *secreto* y otras muchas esa misma publicidad será un estímulo para el mal, lejos de atajarlo. Colocad á los legisladores en un anfiteatro: dejadlos fluctuantes entre el imán de la ambición, entre el cebo del interés, entre el seductor atractivo de los aplausos populares; acallad la voz de su conciencia, que no piensen en Dios, sino solo en los hombres, y exigid luego de ellos que lo sacrifiquen todo con buen ánimo, á trueque de no faltar á su deber, á cargo á veces, y con frecuencia peligroso!

Desdénais como inútiles y vanos los vínculos religiosos y morales... pero antes de tomar asiento en el sitial de los legisladores, los veo arrodillarse, poner la mano sobre un libro, y dar por fianza á la sociedad la fórmula de un juramento... ¿quereis por ventura decirme lo que significa ese *juramento* y ese *libro*, desde el punto en que se destruya el *sentimiento religioso*?... El acto más augusta, en que se pone á Dios por juez y por testigo, para asentar la fé de las promesas y la santidad de las palabras, se convierte y se trueca en una indigna farsa, siendo difícil que, al recibir y al prestar el juramento, no se sonrían uno y otro, como al mirarse de cerca los Augures de Roma.

A proporción que se arraiguen mas y mas las instituciones populares, dando mayor influjo á los ciudadanos en el régimen y gobierno del Estado, se acrecienta la necesidad de apelar á los vínculos morales; vínculos endeble de suyo y quebradizos, sino están de tal suerte entrelazados que vayan á parar todos ellos al *sentimiento religioso*. Plantead, por ejemplo la institución del *jurado* en una nación escasa de moralidad y de creencia: ¿puede concebir la imaginación del hombre nada más absurdo y monstruoso?... Al cabo la magistratura ofrece varias prendas que infundan confianza: los hábitos de orden que exige una larga carrera, la elección del gobierno, el estudio y la práctica de la jurisprudencia, el decoro de la toga, la obligación de atenerse á las leyes, la subordinación á un tribunal superior que puede corregir ó anular la sentencia, el temor de la responsabilidad, probable á veces, ó á lo menos posible... pero en lugar de la magistratura, formad unas listas con centenares de nombres, oscuros los mas ó desconocidos, sacad de ellos unos cuantos, no por elección sino á ciegas, con los ojos vendados, como se sacan los números de una lotería, reunid á esos jueces improvisados, y empezad por decirles que no tienen que atenerse á ninguna ley ni que exigir esta ó esotra prueba, sino meramente juzgar por lo que les dicte su conciencia; y al someter á su fallo la hacienda, la libertad, la vida, y lo que es mil veces mas precioso que la hacienda y la libertad y la vida, la reputación y la honra de los ciu-

dadanos, no exijais mas prenda ni fianza que la *fórmula de un juramento*... ¿quereis decirme (vuelvo á preguntaros) lo que significa esa *conciencia* y ese *juramento*, desde el punto en que se amortigüe ó se extinga el *sentimiento religioso*?...
 Con el *sentimiento religioso*...



CHARRLA

—Aquí le traigo á V. mi compañero de taller que discute más que el Tuto, ya verá, ya verá V.

—Bien, hombre, bien, me alegro conocerle.

—Caballero, ya me ha enterado detenidamente y con la elocuencia que le distingue mi digno compañero de labor diaria, de la misión que aquí me trae. Sé que venía á contender con quien solo usa armas nobles y esto me animó á tomar parte en el palenque que siento no tenga más extenso auditorio.

—¿Eh, qué tal, D. Juan, vale ó no vale?

—Buen exordio, amigo Arturo, buen exordio.

—Le advierto á V., caballero, que no soy sordo, así que no necesita usted esforzarse en su argumentación.

—Puede empezar cuando guste, usted es el que expone, yo... el que rebatiré como Dios me dé á entender.

—Es mi opinión que la tolerancia de cultos se impone en España para evitar mayores males; porque nuestra intolerancia nos separa del concierto civilizador y además que la historia confirma la necesidad de esta ley y hasta si me apura V. un poco, la utilidad.

¿Qué tiene V. que objetar á estas afirmaciones de la razón, del derecho y de la historia?

—Que habla V. bien, pero que discurre V. mal y que... la historia se le ha olvidado.

—Como hablar habla muy bien, don Juan; todo el día de Dios está dale que dale en el taller.

—Dice usted primeramente que para evitar mayores males; por no repetir prescindo de algunas consideraciones ya expuestas la vez pasada y de las que le supongo á usted enterado por Arturo.

—Sí, señor.

—Pues bien, vamos á otras: que siempre se siguen mayores males de no implantar la tolerancia de cultos, es doctrina condenada por Dios ¿cómo hubiera Dios mandado á los príncipes fuesen el terror de los malos y exterminasen los falsos cultos, si de hacerlo se siguieran siempre graves perjuicios?

—¿Quiere usted considerar mi afirmación bajo el aspecto político?

—¿Pero qué bien sabe apretar las clavijas este diablo?

—No hay inconveniente. En determinadas circunstancias y después de muy pesado el pro y el contra puede el Soberano tolerar lícitamente las religiones falsas y aun la libertad de cultos, como podría ser en el

caso de que, habiendo una herejía dividido la nación en dos partes iguales ó casi iguales, viniese á encenderse una guerra fratricida, sin que hubiera otro medio de ponerle fin que acordando la tolerancia ó la libertad de cultos, pero aquí en España donde felizmente la mayoría es católica, hacer tal cosa sería provocar los mayores desastres, la misma razón lo dice. No hay pues eso de evitar mayores males, muy al contrario, la libertad de cultos atraería sobre esta nación, ya bastante quebrantada por libertades sin cuento, más grandes males.

—¿Cuáles?

—El principal de todos la pérdida de muchas almas á causa del continuo trato con los herejes, *una manzana dañada pudre un cesto*, y luego las luchas religiosas, la guerra con todas sus consecuencias, ¿le parece á usted poco?

—¿Acaso teme la Iglesia Católica la competencia, la discusión?

—Nunca las temió, siempre ha sostenido discusiones y siempre ha salido triunfante, pero, como madre amorosa, teme por sus hijos, pues si uno pudiera enfervorizarse con la lucha, diez se volverían indiferentes.

—Felices hijos los que tal Madre tienen.

—¡Desgraciados los que de ella se separan! Y vamos al segundo punto de usted; que nuestra intolerancia nos separa del concierto europeo. ¿No es eso?

—Eso, eso, del concierto europeo.

—A los ojos de un católico no es ningún mal. ¿Cómo nos ha ido desde que de hecho ó de derecho nos hemos puesto á la altura del siglo?

¿Cuánto más nos hubiera valido conservar nuestra unidad religiosa?

¿Cuándo ha sido España más grande y más feliz, cuando había unidad de fé ó ahora?... contésteme usted á esta pregunta si es que sabe algo de historia.

—Aquellos tiempos eran tiempos obscurantistas.

—Sí ¿eh? pues le advierto á usted que «lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como en ciencias, en letras y artes, fué la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa.»

—Eso lo diría algún obispo.

—Está visto que usted ha olvidado la historia, eso lo dijo todo un liberal de tomo y lomo, pero al fin ilustrado.

—¿Quién?

—Don Juan Valera.

—No le conozco.

—No me extraña.

—Siga usted, me resigno á oírle.

—No, no, defienda usted sus ideas, exponga sus dudas, que la verdad quede en su lugar.

—En otras naciones muy ilustradas, más que la nuestra, está im-

plantada la libertad de cultos, ¿qué me dice usted á esto?

—Veo á dónde dirige V. el tiro. Esas naciones cuya ilustración nada tiene que ver con la libertad de cultos, profesan el error protestante como religión oficial y el error con cualquier otro error se acomoda, no así la verdad que es una, indivisible y que por lo mismo no puede ni debe conceder franquicias á la mentira, pero espere V.; en los Estados Unidos de América los protestantes fueron los primeros en declararse intolerantes y en perseguir cuando pudieron á los católicos hasta no dejarles celebrar Misa en público; luego en fuerza de los acontecimientos se han logrado franquicias para la Iglesia.

Ahí tiene V. el ilustradísimo Japón quien, según acaba de referir «El Imparcial», va á celebrar un congreso de religiones á fin de escoger la que debe ser practicada en aquel país. Los países ilustrados comprenden que la unidad religiosa es la mejor medida de gobierno, es un bien para los pueblos; decía lord Palmerston «que se hubiera dejado cortar un brazo porque su patria gozara de la unidad religiosa que poseía España.

¡Ah! no sabe V. bien los males sin cuento que á la sociedad acarrea la división de los ánimos, más profunda y enconada cuando tiene por raíz la diferencia de religiones; por eso toda intolerancia en este asunto es poca.

Una chispa fué Arrio en Alejandría, pero por no haberla apagado se vió perdido el orbe entero. Al emperador Carlos I de España pesó, ya tarde, no haber aplicado la pena justa á Lutero cuando le tuvo entre las manos, conque hubiera impedido males sin cuento.

¿Quiere V. más historia todavía, ya que al principio se atrevió V. á citarla en su apoyo?

Catorce millones de Martires, sacrificados en la cuna del Cristianismo, prueban hasta qué grado llevaban los romanos la intolerancia. Y cuenta que no era nuevo este sentimiento, puesto que lo vemos brotar ya desde los tiempos muy remotos. Numa prohíbe la introducción de otros dioses y ritos particulares. Tiberio expulsa á los judíos y egipcios, si no dejan su creencia. Claudio destierra las deidades extranjeras, y la ley de los decenviros tiene igual objeto. Ciceron decía que ni quería, ni leía las obras que se apartaran de la religión. El mismo Mecenas, sobre ser tan libre, decía al emperador Augusto que los introductores de un nuevo culto abren la puerta á nuevas leyes, de donde nacen las intrigas, las facciones y conspiraciones. Atenas es todavía más intolerante si cabe, porque una sola palabra contra la religión es castigada con inflexible rigor. Pitágoras se ve envuelto en una terrible acusación. Aristóteles huye. Anaxágoras es reducido á prisión.

Sócrates espira apurando la cicuta. En las historias sagradas del Antiguo Testamento tenemos los testimonios mas relevantes de intolerancia, ejecutada, contra Daniel, Eleázaro, Macabeos y demás.

—Pues bien, continuemos atrasados, soportando el yugo clerical y venga la Inquisición.

—O V. no me ha comprendido ó no le conviene comprenderme. ¿Quiere V. que sigamos hablando de estos asuntos otro día?

—Volveré.



...¡TIENEN OJOS Y NO VEN!

Un obrero que se firma *anarquista teórico*, nos ha dirigido en la pasada semana una breve carta en la que, después de decirnos que niega el derecho á censurar á los anarquistas intelectuales como iniciadores del anarquismo de acción, concluye afirmando que «los atentados anarquistas nacen exclusivamente de las injusticias sociales.»

Que es lo que dijo no hace mucho un diario republicano.

A uno y á otro vamos á darles por contestación ésta que leemos en «El Pilar» de Zaragoza:

«Las injusticias sociales pueden ser un factor, no necesario. Pero sin la propagación de ideas de rebeldía, sin la apología de los procedimientos radicales, sin la sugestión de la violencia tal como emana de los periódicos revolucionarios, y de los libros anarquistas, tal como se palpa en los mítins demoledores, la víctima social no llegaría á venganzas tan cruentas.

Más es el caso que los anarquistas de acción que yo recuerdo no eran *parias* sociales.

Aquí tenéis á Morral, de familia acaudalada, que le ha gastado á su padre buenos miles de duros, que ha vivido sin privaciones, ni siquiera para sus caprichos.

Peró aunque un hombre sea víctima de las injusticias sociales ¿puede arrojar una bomba sin haber perdido la fe, sin pisotear la caridad, sin renegar de la esperanza?

¿Y pueden llegar á esto tantos hombres sin un ambiente irreligioso?

Los periodistas que quieren olvidar esto, para buscar la propia irresponsabilidad, desconocen la historia del anarquismo, no tienen noticia de la psicología de los anarquistas de acción.

El crimen anarquista no es un medio de lucha social. Casi siempre—como en la calle Mayor—se ceba en los más inocentes. ¿A quién se castiga ó de quién se triunfa arrojando bombas en medio de masas populares?

Los que se creen víctimas de la sociedad y los que lo son realmente, no acudirían á esos crímenes si tuvieran esperanzas.

¿Y quién le quita la esperanza al pueblo? Los poderosos paganizados,

los ricos irreligiosos que explotan los cuerpos y oprimen los espíritus de sus servidores, de sus obreros, de sus electores; y los revolucionarios que no quieren la mejora del pueblo, sino que éste se desespere para que llegue ciego á las violencias, infecundas para los humildes, pero beneficiosas para los que suben de rebeldes á ministros. En todos los gobiernos liberales vemos parásitos de la nación que ejercieron de redentores del pueblo en las revueltas jornadas de la revolución de Septiembre.

Si los crímenes anarquistas fuerán sólo hijos de las injusticias sociales, mal librada saldría la responsabilidad de los republicanos que en sus campañas puramente políticas desprecian hasta el recuerdo de la justicia social.

Por esto los atacan tanto los socialistas; bien que estos tampoco pueden garantizar la paz social porque sus promesas exclusivamente materialistas proporcionan una esperanza fugaz y deleznable.

La única fuerza esencialmente pacificadora, engendradora de sólidas esperanzas, es el catolicismo social.

Su propagación y arraigo es el mejor antídoto para la desesperación de los menos heredados, porque es la tendencia que acomete la conquista de la justicia social con mejor pureza de intención, con más fervoroso proselitismo, con mayor sinceridad.»

PAUL VICTOR»



DOS CITAS ELOCUENTES

En un periódico impio y en un largo artículo que acerca del anarquismo escribió el no menos impío, el *ilustre* Alfredo Calderón, como le llaman los suyos, leemos lo siguiente que nos parece oportunísimo para enseñanza de los obreros y de los que no son obreros:

«Muchas son las causas que han contribuido á la rápida propagación de las ideas anárquicas en la masa proletaria. De entre ellas sólo cabe hacer aquí indicación brevisima de algunas.

Y es sin duda, la primera de todas, el decaimiento de las creencias religiosas. La convicción de que el mundo es un valle de lágrimas, la esperanza en otra vida, llena de celestes compensaciones, han mantenido durante muchos siglos á los desheredados sumisos y obedientes. ¿No había en lo alto una justicia que les prometía, tras breves años de martirio, la eterna bienaventuranza? Desvanecida la fe, la resignación se desvanece con ella. Si la tierra es el centro de las almas, ¿qué negra iniquidad la de un orden social que hace de la vida un paraíso de placeres para algunos, para los más un infierno de sufrimientos!»

Que es exactamente igual á lo dicho, aunque en menos palabras, por

el tristemente célebre anarquista Ravachol poco antes de subir al patíbulo: NO CREO EN DIOS, SI CREYESE EN EL NO HUBIERA HECHO LO QUE HICE.

Y ahora preguntamos nosotros; si Alfredo Calderón y otros como Alfredo Calderón comprenden y manifiestan en algunos de sus escritos que el decaimiento de las creencias religiosas es la primera de las causas por las que el anarquismo, la criminalidad impera... ¿a qué entonces continuar en sus infames campañas de descristianización? ¿qué se proponen? ¿Dar satisfacción á malos instintos? ¿Ganar honores y dinero á costa del mal del prójimo? ¿Servir, esclavos de alguna secta, á los fines de destrucción social de ésta? ¿Destruir la que es roca incommovible? ¿Aplastar al infame, como decía Voltaire?...

¡Pobres gentes! trabajan en su propia destrucción; compadezcámonos, pero compadezcamos mucho más á esos otros que sin utilidad de ninguna especie hacen coro á tales sectarios, alabándolos, festejándolos, comprando sus producciones, en una palabra estimulándoles con sus actos todos á continuar en la punible tarea de descatalogación que dicho por sus mismos fautores, como acabamos de ver, es la que acabará con todo lo existente si antes Dios, cansado de tanto abuso de su misericordia, de tanta iniquidad, no hace sentir aquí el peso de su Justicia á todos, criminales y cómplices.



NOTICIAS Y COMENTARIOS

Nuestra adhesión.—Grande, extraordinario como no podía menos de ser en la nación mariana por excelencia, es el entusiasmo que en España ha despertado el Congreso Mariano Internacional que en Einsiedeln (Suiza) ha de celebrarse los días 17,18,19,20 y 21 del actual, reuniendo así en torno del altar y del Corazón de María las fuerzas de todos los fieles para oponerlas en apretado haz contra los enemigos del Nombre cristiano. Se solicita nuestra adhesión ¿pues no hemos de darla á esa federación universal de los devotos de María? si, ahí va nuestra incondicional adhesión; con los Congresistas estaremos en esos días ya que no personalmente por que no podemos, con el corazón, cantando y ensalzando las Glorias de la que es consuelo de afligidos, amparo del necesitado, Madre de Dios y Madre nuestra.

Un milagro de la Virgen del Pilar.—La revista católica El Pilar, de Zaragoza, da cuenta del siguiente favor dispensado por la Santísima Virgen á un pobre segador:

“El jueves de la semana pasada, en las primeras horas de la tarde, las personas que se hallaban en la santa capilla se vieron sorprendidas por los gritos de alegría que un pobre segador, de rodillas y con los brazos en cruz, lanzaba ante la Virgen del Pilar.

„Interrogado por algunas personas dijo que hacía tiempo que padecía de úlceras en el ojo izquierdo, con el que por esa razón

no veía nada, y que apenas se había postrado en presencia de la Santa Imagen había recobrado repentinamente la vista...

Una cosa es predicar...—Vil burguesía—exclamaba un tribuno demagogo en un mitin de los de su clase,—mientras el pueblo se muere de hambre, tú te pavoneas insultando su miseria con tu lujo, ¿Y qué le ofreces para consolarle? Los consuelos que da tu cómplice la iglesia, esa escuela del embrutecimiento y de la ferocidad.

Al siguiente día encontré nuestro orador en la calle á un amigo suyo, el cual, extrañado al verle vestido de levita, guante gris perla flamante sombrero de copa, le preguntó:

—Pero ¿á dónde vas tan lujoso y elegante?

—Voy á asistir á la primera comunión de mi hija..

Este caso y otros semejantes se repiten con más frecuencia de lo que parece.

Los Misioneros católicos juzgados por los protestantes.—Un periódico protestante de Londres asegura que si las Misiones católicas tuvieran á su disposición el dinero con que cuentan los protestantes, todos los habitantes del Níger serían hace tiempo católicos, y añade:

“Los pocos misioneros católicos, que apenas tienen con qué sostenerse, son los que allí trabajan con más ardor, y hacen ellos solos más bien que todos los protestantes reunidos, á pesar de cobrar éstos pingües sueldos y no carecer de nada. Así son los católicos los que gozan de las generales simpatías y de la consideración y respeto de los europeos y de los indígenas.,

Palabras de Paul Burgek.—Del notable escritor francés Paul Bourgek, son las siguientes palabras:

“La experiencia ha demostrado que para un pueblo moderno, dejar de ser cristiano es volver á la peor de las barbaries: la de la decadencia. Respecto al particular escribió Janiet algo que todos sus lectores conocen.”

“Persuadido yo de la verdad demostrada por ese maestro, nada sospechoso de clericalismo, creo que atacar á la Religión católica en Francia es contribuir á la decadencia del país, y, por consiguiente, defender el catolicismo es cumplir con un deber de buen ciudadano.

Los que no se ven y los que se ven.—De las “Hojas Sueltas” que reparten y redactan en Madrid los Congregantes de S. Luis Gonzaga copiamos lo siguiente que es la eterna canción:

“Hace 25 años que pertenezco á la Real Hermandad de Nuestro Padre Jesús; soy párroco de una parroquia de 12.000 almas en su mayoría gente pobre; he estado siempre, por razón de mi ministerio y por vocación, en íntima comunicación con los pobres. Puesto en tan largos años de trato con ellos, ni en los sótanos donde los pobres se pudren ni en las guardillas donde se ahogan ni en las catequisis donde se instruyen, ni en los colegios gratuitos donde se educan, ni en los Hospitales he visto nunca á los escritores que calumnian á los periodistas que blasfeman, ni á los políticos que persiguen, ni al coro de los que aplauden sus impiedades; solo he visto á los religiosos y á los amigos de los religiosos.

(Palabras de D. Vicente Casanova, párroco de Ntra Sra del Buen Consejo, de Madrid, en el sermón del Nombre de Jesús en la iglesia de S. Francisco de Borja.)



RETRATOS DE S. S.

Nuestro apreciable amigo, el presbítero D. Valentin Incio nos ha distinguido con una magnífica fotografía al platino brillante y dos postales, retratos de S. S. el Papa Pio X, hechos durante una audiencia especial en su reciente viaje á Roma.

Dichos retratos son de admirable parecido, según el testimonio de personas que pudieron comprobarlo y como mejor lo viene á demostrar la carta especial con que del Vaticano ha sido honrado nuestro respetable amigo en la que á la vez que S. S. le bendice, le felicita por sus condiciones artísticas.

Sin más valer que el de una buena voluntad, reciba también nuestra felicitación por lo acabado de su trabajo y las gracias más sinceras por el valioso recuerdo que nos ha dedicado.

Como de propaganda católica, se venden estas postales á 4 pesetas el 100 y 0' 50 de peseta la docena en las librerías de D. Lino Sangenis, Corrida 73, en la de D.ª Ramira González, Instituto 18. y en la “Agencia Literaria” San Bernardo 39.



«El Amigo del Pobre»

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta.	7 pts. al mes
100 núms. (50 por quincena)..	4 » al »
50 » (25 » »)..	2 » al »
24 » (12 » »)..	1 » al »
10 » (5 » »)..	0'50 al »

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban, que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio “La Epoca”, San Bernardo, 23.

En Madrid, Librería de D. Enrique Hernández, Paz, 6.